

# EN TORNO A LA JUVENTUD MARROQUI

A PROPOSITO DE UN ARTICULO DE BERNARD SIMIOT (1)

**R**EALMENTE toda juventud está llamada a enfrentarse con un pasado, aprehenderlo, echarlo sobre sus hombros y proyectarlo hacia el futuro; a erigirse en protagonista de la Historia, en hacedora de su propia historia. Es una misión insoslayable, un imperativo biológico como es el parto o la muerte. Hay partos normales y distócicos. Hay la muerte plácida del justo, incluso la muerte deseada del místico —«que muero porque no muero»— y la muerte desesperada, desgarrada, trágica. También la conexión del pasado con el futuro histórico es a veces fácil. Las promociones juveniles asumen, por destino o por abulia, una tarea de tipo cuantitativo, de incremento. Otras veces la juventud se enfrenta ante una urgente revisión, ante una tarea cualitativa de cambio de signo. Se impone una inflexión en la curva del devenir histórico. La promoción entonces adquiere un carácter decisivo, prefiere llamarse generación, y se singulariza con un apelativo propio. Así han sido en España la generación del 98 y la generación del 36. ¿Podrá hablarse en Marruecos de un generación del 53?

El mundo islámico, al quebrarse el Jalifato en un gigantesco conglomerado de reinos de taifas, ha venido arrastrando una secular decadencia. La fulminante expansión del Islam y la subsiguiente y crónica decadencia plantean un recíproco problema de investigación causal. Si consideramos normal la decadencia, en virtud de factores internos de los pueblos islámicos, tendremos que considerar inexplicable, milagrosa, su arrolladora expansión. Si aceptamos como un fenómeno natural, psicológico, social, histórico, su momento de esplendor, ¿cómo explicar tan general y crónica decadencia?

---

(1) BERNARD SIMIOT: *Espoirs et tourments de la Jeunesse Marocaine*. «Hommes et Mondes». Marzo, 1955.

No nos convencen las explicaciones materialistas ni racistas —¿puede hablarse de factor raza en un mundo que incluye al malayo indonésico y al bereber rifeño?—.

Del complejo de causas que en el fenómeno histórico pueden rastreadarse, nos seduce especialmente la de «la parálisis moral» que el argelino Malek Bennabí señala en su libro *Vocation de l'Islam* (2): «Su origen (el de esa parálisis) es conocido: «El Islam es una religión perfecta». Es ésta una verdad que nadié discute. Ciertamente ha de ser indiscutible para un musulmán. Desgraciadamente de ella se deriva, en la conciencia postalmohade, otra proposición: «Somos musulmanes, luego somos perfectos». Silogismo funesto que socava toda perfectibilidad en el individuo, neutralizando en él todo deseo de perfeccionamiento..., todo el mecanismo psicológico del progreso del individuo y de la sociedad se encuentra así falseado por esta estúpida satisfacción de sí mismos. Seres inmovilizados en su mediocridad y en su imperfectible imperfección se convierten así en la élite moral de una sociedad en que la verdad no ha engendrado más que un nihilismo.»

Esta parálisis moral es la que, según Bennabí, ha determinado, en cierta medida, la parálisis religiosa y la intelectual. Triple parálisis que fué hundiendo a los pueblos musulmanes en una decadencia hecha de rutinas en la que la práctica de la religión cayó en el «literalismo», y la primitiva unidad, moral y política, en un caos de taifas —ciñéndonos a Marruecos, en un maremágnum de cabilas, y aun unidades étnicas más pequeñas, sometidas al vaivén de uniones accidentales o alianzas más o menos amplias, que las circunstancias volvían a disolver con la misma inoperancia que las había reunido—.

Esa inercia se ha traducido en lo social hasta en detalles tan íntimos, menudos y elocuentes, como el expuesto por el mismo Bennabí (op. cit.) de que sus abuelas hayan estado renegando de lo incómodo que les resultaba barrer con sus cortas escobillas de matojo, sin que por ello, ni a las argelinas ni a las marroquíes, se les ocurriera poner un mango a sus escobas.

¡Qué conmoción, qué ruptura, qué drama no se habrá producido en las juventudes marroquíes al contacto con el mundo occidental! Con sus creaciones técnicas, con sus medios de divulgación, con su

---

(2) MALEK BENNABÍ: *Vocation de l'Islam*. Ed. Du Seuil, 1954.

«chocante» modo de vivir, y también ¡ay! con sus propias contradicciones.

El choque no es de ahora ni el problema privativo de Marruecos. El revulsivo que el mundo occidental ha supuesto para el mundo islámico hace tiempo que comenzó a producir efectos.

Se produjo así el Salafismo que quiso purificar el ambiente de un misticismo mal entendido que, si había constituido durante siglos un factor de afirmación islámica, había rozado muchas veces la herejía y contribuido no poco a la triple parálisis citada. Surgió la necesidad de volver a la más pura ortodoxia coránica, y la figura del Chej Abdu, de la universidad caiota de Azahar, centró el movimiento que se ha calificado de Renacimiento del Islam. El movimiento propiamente teológico en el ambiente universitario (Azahar, Zituna, Karuén) se tradujo en un fenómeno popular de enorme trascendencia: el paso de las cofradías a los partidos políticos, y el desbordamiento de aquéllas por éstos.

De lo profundo, difícil y dramático del cambio, cabe juzgar con sólo tener en cuenta que las cofradías, a cuya pérdida de prestigio, en general, asistimos hoy en Marruecos, habían sido, a lo largo de la historia de este país, el motor de sus más enconadas resistencias al mundo occidental, la bandera, muchas veces, de la más recalcitrante xenofobia, y, en fin de cuentas, la encarnación y el abrigo de una personalidad guardada en el más celoso aislamiento. Y ahora son precisamente los partidos nacionalistas su más declarado enemigo. Hasta tal punto que, en una verdadera inversión de las alianzas, el Congreso de las Cofradías de Fez, que, desde luego, no fué de todas las cofradías, sirvió de apoyo al destronamiento de Mohamed V, al que algunos medios franceses han calificado de Sultán del Istiqlal, peligroso calificativo que, queriendo ser una diatriba, se ha convertido en la mejor propaganda del Sultán desterrado.

Para complicar más la posición de la juventud marroquí en esta encrucijada de su patria, las nuevas corrientes de pensamiento en el mundo islámico se han bifurcado en dos direcciones fundamentales: una, la citada de Renacimiento o Reforma del Islam; y otra, la del modernismo. La primera ha tomado el carácter de una neo-escolástica islámica, buscando en la pureza de una exégesis coránica la orientación espiritual de los países musulmanes y las soluciones a sus problemas de la hora histórica. La segunda, buscando asimilar, sin renunciar a la

personalidad islámica, lo que de positivo pudiera hallarse en la civilización europea para ponerse al compás de los nuevos tiempos, pero confundiendo muchas veces lo positivo con el positivismo, y lo profundo con lo superficial.

Esto ha planteado a la juventud de nuestra Zona la opción, drama íntimo de muchos adolescentes, entre la escuela coránica y la hispanomusulmana, entre la medarsa y el Instituto de enseñanza media, entre Fez o el Cairo y Granada o Madrid.

Un musulmán amigo, estudiante de Medicina, me ha expuesto, no sin emoción, sus tribulaciones de adolescencia, empujado a las líneas tradicionales de educación por sentimientos de lealtad a lo islámico, y advirtiéndome, al mismo tiempo, las ventajas de la enseñanza de tipo europeo. Adscribirse a la primera le parecía aferrarse a un rutinarismo estéril; lanzarse a la segunda le dejaba un cierto regusto de deserción.

La juventud estudiosa marroquí ha creído escapar al caso de conciencia admitiendo la superioridad de la enseñanza occidental sólo en el aspecto técnico. Y así, se aplaude a los jóvenes que se lanzan a las Universidades españolas matriculándose en las Facultades de Medicina, Farmacia, Ciencias o Escuelas Especiales, mientras que son mal vistos los que se deciden por carreras de tipo literario.

Aunque esta es la tónica general en la valoración de nuestra cultura, matices bastante apreciables permiten distinguir en la actitud de los estudiosos marroquíes de nuestra Zona, ante la cultura occidental, dos tendencias: la escuela de Larache, más «occidentalista», y la escuela de Tetuán, más «orientalista».

Ello demuestra que la valoración de la cultura europea sólo como creadora de una técnica superior, es una solución demasiado simplista, y que el problema de una más adecuada comprensión de la cultura occidental no es de los menos graves que la juventud marroquí tiene planteados. Me atrevo a decir que es el de mayor gravedad y trascendencia.

Se han dado respuestas extremas, polarmente opuestas, y con el denominador común de la hostilidad: una es la tesis de la ya famosa novela *Le Passé Simple*, del marroquí Dris Cheraïbi, que cita Bernard Simiot en el artículo aludido en nuestro subtítulo, novela que ha merecido las más apasionadas críticas. Es un demoledor juicio contra el pasado inmediato, contra la sociedad marroquí, personalizada en el

padre del protagonista, quien le hace objeto de las más crueles in-  
vectivas, todo ello con un desenfado y una crudeza que, a decir de los  
críticos, no tiene parangón en los más despiadados pasajes de la litera-  
tura existencialista. En los cuadernos de combate de Chura u al Isti-  
qlal, no precisamente mojigatos, ya le han dicho a Dris Cheraibi que  
no es ese el camino ni para una literatura ni para una filosofía ma-  
rroquíes.

La otra respuesta es la que vierte la hostilidad contra lo occidental,  
y pretende ver al diablo en todo lo que no sea el «Ism» tradicional.

Ambas respuestas, más que soluciones al problema de la síntesis  
que se impone, son modos de esquivarla despreciando uno u otro de los  
términos en que se plantea.

Hay un sugestivo paralelismo entre los problemas del Islam y los  
de la Europa del Renacimiento.

Renacimiento y Reforma son palabras que se repiten con frecuen-  
cia en el mundo musulmán de nuestros días, pero con un sentido har-  
to distinto del que tuvieron en la Europa de los siglos XV y XVI. El  
Renacimiento fué en Europa la crisis provocada por los elementos cul-  
turales de un paganismo redescubierto, en pugna con el pensamiento  
y las formas sociales fundadas en las Summas del siglo XIII. Fué una  
revolución de los espíritus que hubo de conducir a una síntesis más  
o menos estable, y que extrajo su fecundidad de lo que tuvo de con-  
junción de elementos dispares. Por eso fué enormemente dinámica.  
Sus repercusiones teológicas produjeron la Reforma. La unidad espi-  
ritual de Europa se resquebrajaba, y España tuvo que apuntalarla en  
Trento.

Para que el Renacimiento del Islam no se quede en una escolásti-  
ca decadente, como también lo fué la del siglo XIV europeo — ¡cuán-  
tas veces se ha evocado el simbolismo de la cronología islámica! — ha  
de asumir la tarea, atacando el problema de frente, de conseguir la  
síntesis entre el paganismo que para él representa la cultura europea,  
con sus más puras tradiciones. Y ello sin miedo, sin estrechez de es-  
píritu, con audacia; considerando que frente a una Reforma disolven-  
te cabe también una contrarreforma a la española, traducida, natural-  
mente, a lo islámico.

Todo esto no es fácil, desde luego. Se hace aún más difícil si con-  
sideramos la crisis abierta hoy en la cultura occidental: Materialismo-  
Espiritualismo, Marxismo-Capitalismo, Liberalismo-Socialismo, son an-

tinomias en las que Europa misma se debate mientras se restañan sus heridas de una guerra fratricida. Y a eso se añaden las diversas causas político-psicológicas, especialmente un explicable recelo, que han hecho que, salvo contadas excepciones, los marroquíes desconozcan las líneas fundamentales del pensamiento europeo. En esta ignorancia, o lo que es peor, en un conocimiento superficial de lo europeo, reside el más grave peligro de frustración para la juventud marroquí.

Naturalmente, hay una masa marroquí aferrada al terruño y a las rutinas, como hay otra malograda por la tentación de lo fácil y el mal ejemplo de los pescadores en río revuelto, capitalistas de las mil variadas formas del oportunismo político. Pero, desde luego, hay una juventud, la que merece llamarse tal, que siente apasionadamente estos problemas del momento marroquí, que libra su combate íntimo en el que gravita una pesada carga de contradicciones y atractivos opuestos. Recuerdo con qué emoción se le nublaron los ojos a otro amigo marroquí, éste perito agrónomo, cuando, hablando de estos temas, le dije: «La vuestra es una generación clave en la historia de Marruecos».

A esta juventud, ciertamente digna de simpatía, debemos ofrecerle, junto a nuestro más decidido esfuerzo de comprensión, un conocimiento a su alcance de la historia del pensamiento europeo. Un curso abierto de Historia de la Cultura Occidental en las beneméritas aulas de la Delegación de Cultura podría ser un buen medio para ello, pongo por caso. Condiciones de eficacia para tal curso habrían de ser: un acierto en el nivel apropiado de las conferencias (condición didáctica) y una ausencia absoluta de proselitismo o propaganda (condición psicológica).

Con ello no habríamos hecho más que ayudarles a determinar el valor de una de las muchas incógnitas que en el problema humano de la juventud intervienen. Son los jóvenes marroquíes los llamados a resolver su problema, los únicos que pueden hacerlo. Pero les ayudaríamos a elaborar esa síntesis, tarea urgente y de infinitas posibilidades.

Lo que no se puede mantener es la tesis del artículo de Bernard Simiot, en el que, después de recabar en su favor unas palabras de Tensamani, al que califica de «nacionalista moderno» —raro calificativo para un funcionario que es, nada menos, que consejero cherifiano de Información— señala a la juventud, como objetivo último y panacea, «las realidades técnicas, la puesta en valor de territorios, la construcción de presas»..., etc.

Eso es muy importante, y mucho queda por hacer de ello en Marruecos, aunque mucho se haya hecho y se esté haciendo; pero las realidades técnicas no son más que un instrumento en las manos del hombre, y, en definitiva, es el hombre lo que importa.

Además, la tesis es peligrosa, porque colocados en esa posición pragmática y materialista, ¿con qué argumentos nos opondremos a que la juventud marroquí se vuelva hacia el marxismo, que sabe explotar tácticamente su afán de independencia?

En el periódico *Le Collaborateur*, de Ginebra, de fecha 20 de marzo del corriente año, y bajo el título «Viaje a Marrakech», Mme. Jeanette Devacid escribe, entre muchas atinadas observaciones sobre el paisaje marroquí: «Hemos comprobado frecuentemente, sin poder explicarnos el hecho, que los campesinos árabes del Marruecos español nos sonreían y mostraban menos antipatía hacia nosotros que los del Marruecos francés...»

En que el hábito de mutua comprensión importa más que la construcción de presas está la clave de las sonrisas que una señora suiza recibiera de unos pastores en las riberas del Lukus.

ANTONIO FORNES ANDRÉS

